

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovido Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Dios los creó hombre y mujer 3

Michel Séguin 5 **Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II sobre la sexualidad humana**

Marta L. Malbrán de Gowland 29 **Familia y Comunidad**

Lucía Piossek Prebisch 45 **Notas acerca de la mujer y la filosofía**

Carlos Valiente Noailles 53 **Hombre-mujer: roles y símbolos en sociedades tradicionales africanas**

Alberto Espezel 71 **San Ireneo: el nuevo Adán y la nueva Eva**

Alfredo J. Paineira 81 **La homosexualidad, los medios, la información y los valores**

Adolfo Mazzinghi 89 **Palladio**

San Ireneo: el nuevo Adán y la nueva Eva

por P. Alberto Espezel

En estas páginas hacemos una suscita presentación de la teología del nuevo Adán y la nueva Eva de San Ireneo, en sus líneas maestras y según el *Adversus haereses*, para luego terminar con una conclusión a modo de síntesis, y con una especial referencia a la cultura contemporánea. Como le gustaba recordar el cardenal de Lubac, cuando los testigos de la Tradición hablan de Cristo, adquieren súbitamente una actualidad insospechada. Este es, sin duda, el caso de Ireneo.

I. Jesucristo: el verdadero Adán

San Ireneo utiliza frecuentemente el concepto de “*anakefalaiosis*” para expresar la primacía de Cristo en la historia de la salvación. Se inspira indudablemente en el capítulo primero de la carta a los Efesios, que afirma, según la traducción de la Biblia de Jerusalén: (el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo)... “dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza (*anakefalaiouzastai*), lo que está en los cielos y lo que está en la tierra “(Ef. 1, 10-11), y un poco más adelante: “Bajo sus pies sometió todas las cosas y lo constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo” (Ef. 1.23).

Traducimos “*anakefalaiosis*” por recapitulación en virtud de su uso tradicional, pero en el sentido de “poner bajo la cabeza de Cristo” o “encabezar bajo Cristo”, sin desmedro de su ulterior significado de “síntesis reasuntiva” que el concepto puede llevar consigo. El significado primero y principal es, entonces, el ya indicado del efecto de la acción de haber puesto a Cristo como cabeza de todo. La polivalencia del concepto, que veremos detalladamente en diversos textos de San Ireneo, no debe hacernos perder de vista el significado primero y principal, que subraya la primacía de Cristo como cabeza de la Creación, de la humanidad y de la Iglesia.

a) *Recapitulación de toda la realidad*

San Ireneo afirma en primer lugar que Cristo recapitula todo en sí mismo (III.16.6), todas las cosas. En el mismo sentido que Ef. 1.10 y 22, Dios Padre pone bajo la cabeza de Cristo la Creación entera. Nadie queda fuera de la primacía y el señorío de Cristo. Se desea resaltar este señorío cósmico y universal de Cristo. No hay todavía aquí un acento puesto en una recapitulación de la historia, como lo veremos más adelante en forma explícita. Siguiendo la línea de argumentación paulina diríamos que la recapitulación o encabezamiento de todo bajo Cristo —obra atribuida por Pablo en primer lugar al Padre— es consecuencia de la Resurrección de Cristo. Así, Ef. 1, 19-21: “...para que conozcáis... cuál es la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero”.

El matiz trinitario de la carta a los Efesios que confiere al Padre la acción de constituir a Cristo como Señor y Cabeza, es diluido por Ireneo, para quien es Cristo mismo quien recapitula todo en sí mismo. Lectura ésta de Ireneo que no excluye, naturalmente, un encuadramiento trinitario de la acción de Cristo resucitado.

Cabe preguntarse en qué medida el concepto lato de recapitulación, aún el de la carta a los Efesios, no es finalmente tributario de la imagen paulina de Cristo cabeza de la Iglesia, en relación con su cuerpo y sus miembros (Ef. 1,22; Col. 1, 18:2,9).

b) *Recapitulación del hombre, recapitulación de Adán*

En segundo lugar, Ireneo habla de la recapitulación del hombre. Y es aquí donde la polivalencia del concepto, que mencionábamos arriba, alcanza todo su relieve. Por un lado, Ireneo afirma sencillamente que Cristo recapitula al hombre en El (III,16.6). Pero luego repite en innumerables ocasiones que Cristo recapitula la obra modelada en el origen. “Cristo ha de nacer de María para guardar la similitud de la humanidad hecha a imagen y semejanza de Dios (Gen. 1,26). De lo contrario el artesano aparecería sin continuidad, sin un objeto en el que pudiera probar su arte... somos un cuerpo sacado de la tierra y un al-

ma que recibe de Dios el Espíritu... es esto mismo que se ha hecho el Verbo de Dios, recapitulando en El mismo su propia obra modelada." (III, 22,1).

Ireneo acentúa con vigor la identidad de la obra modelada en el principio (el hombre Adán) con el hombre asumido por Cristo, esto "que se ha hecho el Hijo de Dios". De allí también la necesidad del nacimiento a partir de María: "Es de María que recibió esta generación que es la recapitulación de Adán" (III, 21.10). Es Adán mismo, entonces, la obra modelada en el principio y que ha de ser restaurada, quien es recapitulado por Cristo. Era necesaria esta identidad entre la obra del principio (la humanidad de Adán) y la obra nueva: de allí la encarnación en un hombre idéntico y no la creación de un nuevo tipo de creatura corpóreo-espiritual.

Pero la recapitulación aparece en este último texto como una obra resultante ya de la generación (o encarnación, agregaríamos nosotros). Sin necesidad de esperar el momento de la glorificación-resurrección, como veíamos arriba a partir de Efesios I, es la generación (encarnación) el hecho recapitulante de Adán. Hemos de evitar el trasladar a Ireneo nuestra moderna tendencia dialéctica de oponer de algún modo la encarnación al Misterio Pascual. Ireneo considera en forma inmediata la encarnación como recapitulación.

Es preciso destacar la idea de la continuidad del Dios creador y el Dios redentor que ejerce su arte en la misma obra modelada que es el hombre. Y al mismo tiempo aparece la sugerencia de una fidelidad de Dios en relación con su obra que no puede perderse, de modo que su arte quedara frustrado.

c) Recapitulación de la generaciones

En tercer lugar Ireneo resalta la amplitud de la obra de Cristo con la ayuda de su concepto clave de recapitulación. "El Señor es Aquél que ha recapitulado en El mismo todas las naciones dispersadas a partir de Adán, todas las lenguas y las generaciones de los hombres, e incluso Adán mismo. Adán es la figura del que había de venir (Rom. 5,14). El hombre psíquico sería salvado por el hombre espiritual" (III, 22,3). Notemos las peculiares expresiones de nuestro autor, para quien Cristo recapitula la "larga historia de los hombres" (III, 18, 1), y "una tan grande economía (III, 23.1).

Se expresa aquí en forma admirable la universalidad de la acción salvífica de Cristo tanto en el tiempo como en el espacio; de allí que hable nuestro autor de las naciones dispersadas y de las lenguas. Pero lo más llamativo es la notable percepción de Ireneo del largo decurso de la historia, donde parece anticiparse a la conciencia contemporánea del inmenso espacio temporal que media entre Cristo y nuestros primeros padres.

d) Recapitulación del pecado

En cuarto lugar, al recapitular al hombre, Ireneo afirma que Cristo recapitula "en sí mismo la antigua y original hostilidad contra la serpiente" (V.21,2). Cristo recapitula la situación de exposición y enemistad con la serpiente, es decir, con el Maligno. Recapitula al hombre en su condición de expuesto a la enemistad con el Maligno.

Pero Ireneo va aún más allá: "Si el Señor ha venido de una manera manifiesta a su propio dominio: si ha sido llevado por su propia creación que El mismo lleva; si ha recapitulado, por su obediencia en el madero, la desobediencia que se había perpetrado en el madero..." (V. 19, 1) Cristo recapitula, según nuestro autor, el pecado cometido por el hombre, su desobediencia, por medio de su obediencia en el madero, es decir, la Cruz.

El concepto de recapitulación alcanza aquí no sólo al hombre, no sólo su enemistad con el Maligno, sino aún su propia desobediencia, es decir, su pecado. Dicho de otro modo: el acto de obediencia de Cristo en la Cruz recapitula, asume y redime la desobediencia de Adán cometida en el madero (el árbol de la ciencia del bien y del mal). La recapitulación expresa aquí entonces la salvación o, si se quiere, la redención y aún la divinización del hombre desde el ángulo de la historia de la salvación.

Ireneo privilegia este motivo teológico-bíblico que encuentra en la carta a los Efesios para expresar el misterio salvífico centrado en Cristo en polémica con las distintas formas míticas de la gnosis. Frente al idealismo de la gnosis nuestro autor muestra al Dios creador y al Hijo que recapitula salvando en forma concreta y real la entera historia de la creatura humana.

II. El nuevo Adán y la nueva Eva

Ireneo expone una doble analogía respecto a María Virgen, nueva Eva, que acompaña y se articula con el paralelismo del

primer y segundo Adán. Por un lado, nuestro autor muestra que “ya que de la misma manera que por la desobediencia de un sólo hombre que fue el primero, modelado a partir de una tierra virgen (Gen. 1,5) muchos fueron constituidos pecadores y perdieron la vida, así era necesario que por la obediencia de un sólo hombre que es el primero, nacido de la Virgen, muchos sean justificados y reciban la salvación (Jn, 8, 36) (III, 18,7; cf. 21,10)”.

Así como Adán fue modelado a partir de la tierra virgen, Jesús ha de ser modelado a partir de María Virgen, “de quien recibe esta generación que es la recapitulación de Adán”. Si entonces el primer Adán hubiera tenido por padre un hombre y hubiera nacido de una semilla de hombre, ellos tendrían razón en decir que el segundo Adán (cf. 1, Co. 15, 47) ha sido también engendrado de José. Pero si el primer Adán ha sido tomado de la tierra y modelado por el Verbo de Dios, era necesario que ese mismo Verbo, efectuando en El mismo la recapitulación de Adán, poseyera la similitud de una generación idéntica (21.10)”.

De modo que el nuevo Adán, nacido de María Virgen, no es generado por su padre terreno, del mismo modo que el primer Adán, que procedía directamente de las manos de Dios en la tierra virgen. Detrás del pensamiento de Ireneo se encuentra aquella antigua convicción de los Padres de que Jesús no puede proceder en María sino del Padre por medio de la acción del Espíritu Santo que desciende sobre ella. Si Jesús fuera hijo carnal de José no sería el Verbo encarnado. No existe una tercera posibilidad: o es el Verbo del Padre, engendrado en María, o es hijo de José el carpintero, a lo sumo adoptado por el Espíritu, y es entonces un profeta más, en la larga serie de los profetas de Israel.

Por otro lado, Ireneo opone la obediencia de María a la desobediencia de Eva: “de la misma manera que Eva, desobedeciendo, devino causa de muerte para ella misma y para todo el género humano, de la misma manera María, teniendo por esposo a aquél que le había sido destinado por anticipación, y sin embargo Virgen, devino, obedeciendo, causa de salvación (Heb. 5,9) para ella misma y para todo el género humano (III, 22, 3)”. Cf. V, 19, 1. La obediencia de la nueva Eva es causa de salvación para todo el género humano, en cuanto que es condición necesaria (en este plan de Dios) para la realización de esta encarnación concreta del Verbo en su seno.

María, por su parte, encarna el principio femenino - receptivo, y en su perfecta obediencia deshace el nudo de la desobediencia de Eva. Contemplada en forma paralela a la relación existente entre el Nuevo Adán-Cristo y el primer Adán, María, la nueva Eva, gracias a su obediencia expresada en el sí de la Anunciación, se contrapone a la primera Eva en su pecado.

Desde su sí obediente y femenino se convierte en colaboradora indispensable en la generación del nuevo Adán, de modo tal que el ser del nuevo Adán, su verdadera humanidad penden del sí obediente de María.

El doble paralelismo Adán-nuevo Adán y Eva-nueva Eva es acompañado a su vez por la polaridad María Virgen-Cristo nuevo Adán, donde el sí femenino de María colabora, permite y acompaña la existencia y la obra del Señor.

Mientras que Adán representa a la humanidad caída, Cristo -nuevo Adán- representa a la humanidad restaurada y recapitulada en El. "Cristo, primogénito de entre los muertos (Col. 1, 18) y recibiendo en su seno a los antiguos padres, los ha hecho renacer a la vida de Dios, deviniendo principio de los vivientes (Col. 1, 18) porque Adán se había convertido en el principio de los muertos. Por eso la genealogía de Lucas comienza en Cristo hacia Adán (Lc. 3, 23-28), ya que no son los padres quienes dieron la vida al Señor, sino El, quien los hizo renacer en el evangelio (III, 22, 4)".

El verdadero principio de la humanidad es Cristo para nuestro autor, de allí la inversión genealógica operada por Lucas. Existe una primacía tal de Cristo sobre Adán, y a tal punto para Ireneo Adán es figura de Cristo, (Rom. 5, 14; cf. III, 22,3) que para Ireneo, "en tanto que ya existía aquél que salvaría, era necesario que aquél que fuera salvado no dejara tener razón de existencia. (III, 22, 3)".

El centro de la historia de la salvación es Cristo Salvador (pre-existente), el verdadero Adán, diríamos, centro y culminación del plan de Dios. Este salvador presupone al viejo Adán, el hombre pecador necesitado de salvación, cuya creación es necesaria para que el Salvador tenga razón de existencia. Ello no obsta a la gratuidad del acto creador de Dios, como expresamente lo afirma el autor (p. ej. Adv. haer. IV. 14.1). Pero lo que Ireneo desea subrayar es la unicidad y continuidad del designio salvador (y creador) de Dios en Cristo, desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1,4). Existe entonces, desde antes del tiem-

po, una preordenación del primero al segundo Adán, de tal manera que Cristo cabeza tiene la primacía absoluta sobre el viejo Adán. Es claro que Cristo pre-existe en el plan de Dios, o, si se quiere, en cuanto Verbo pre-existente junto al Padre. Notemos, de paso, en el texto de A.H.III, 22,4, la expresión de “recibir en su seno a los antiguos padres para hacerles renacer a la vida de Dios” que expresa gráficamente lo que hoy llamaríamos la representatividad inclusiva (¿sustitutiva?) de Cristo, a la luz de una teología de la resurrección.

Nos parece que Ireneo desarrolla una grandiosa teología de la representatividad de Cristo como segundo Adán, donde la Creación y la Redención aparecen articuladas en un único desig- nio salvador de Dios, y luego en su posterior ejecución concreta en la historia de la salvación.

La reflexión de Ireneo se mueve permanentemente —como en tantos padres— de Cristo hacia Adán y de Adán luego de nuevo a Cristo. Cristo es el centro y la culminación de la histo- ria de la salvación, a partir de quien Ireneo se proyecta hacia atrás, se retro-proyecta, hasta Adán para luego volver al segun- do Adán que es Cristo. Y esto sin desmedro de una profunda conciencia de lo que Ireneo llama la larga historia de las gene- raciones de los hombres. La visión unitaria y universal de la his- toria de la salvación no obsta a una aguda conciencia de la condición temporal, lenta, exigida de maduración y acostumbra- miento a Dios y de Dios (III, 20,2) por parte del hombre. Nues- tro autor es, en efecto, el teólogo del tiempo y de la experiencia, del orden, de la espera de la hora (III, 16, 7) en el tiempo oportuno, de la importancia de que el hombre pase por “todas las situaciones y conozca la muerte para acceder a la resurrección y aprender por su experiencia de qué mal ha sido liberado (III, 20, 2)”.

III. Reflexión conclusiva

Releer a San Ireneo es siempre una ocasión de encuentro con una visión originalísima de Cristo y del misterio cristiano. Hay una serie de facetas que se conjugan para ello. En primer lugar, una proximidad temporal con Jesús en una tradición vi- va que se eslabona de Ireneo a Policarpo y al círculo joánico. Esta cercanía apoyada en una memoria viviente da como resulta- do una frescura, una juventud de pensamiento, una lozanía ca-

si neotestamentaria, extraña, y anterior, ciertamente, a formas más o menos agudas de helenismo cristiano.

En segundo lugar, el adversario –la gnosis– da ocasión para que el teólogo despliegue el enorme don de su talento, y la puerta de entrada de su teología es su realismo teologal. Toda la teología de Ireneo respira este realismo de lo verdaderamente acontecido, este realismo teológico y salvífico (Heilsrealismus: Scheffczyk), frente al idealismo mitizante de los gnósticos. Su realismo creacional y salvífico da también ocasión, en tercer lugar, a destacar la positividad de todo lo creado, y por ello conlleva una notable teología de la carne y de la resurrección en las que no hemos podido entrar aquí (Cf. V, 2,3).

Cabría contemplar estos dos aspectos –el realismo teologal y salvífico, y la positividad de lo creado– en relación con diversas formas difusas de religiosidad hoy extendidas en distintos ámbitos de nuestra cultura ambiente. No es difícil encontrar hoy formas de gnosticismo más o menos integradas en lo cristiano, teñidas a veces de tintes postmodernos.

Ireneo recobra por ello para nosotros una nueva actualidad. El realismo histórico salvífico de Jesús de Nazareth –Hijo encarnado del Eterno Padre que padeció bajo Poncio Pilatos, que fue resucitado y se apareció a muchos sujetos concretos, algunos de los cuales “hemos comido y bebido con El” (Hech, 10,30)– se encuentra más allá de toda forma mítica que sea proyección del sujeto creyente. Y de modo análogo el misterio de la Iglesia y del mundo sacramental que la acompaña: el realismo salvífico objetivo que subyace a cada celebración sacramental, y muy especialmente al sacramento principal, la Eucaristía, (Cf. Guardini).

El realismo salvífico de Ireneo pone ante nuestros ojos un aspecto importante de lo cristiano: Dios nos ha hablado y ha obrado en su Hijo. Si no nos hubiera hablado, como recuerda acertadamente Balthasar, todos los caminos de la espiritualidad estarían abiertos, incluidas las formas más variadas de gnosticismo. Pero Dios nos ha hablado en Jesucristo, y desde entonces no hay camino hacia Dios que no pase necesariamente por El, ya sea consciente o inconscientemente.

Entonces nuestra comunicación con Dios se encuentra medida inconfundiblemente y en forma objetiva por quien es la Palabra del Padre siempre presente en su Iglesia por medio del

Espíritu. Cristianamente no hay comunicación con Dios que no pase por Jesucristo (Guardini).

Concretemos ahora lo dicho en estos párrafos. La oración, la meditación cristiana, la liturgia son el resultado y la respuesta a una Palabra ya pronunciada, donada y regalada primero por el Padre, y esa Palabra es Jesucristo. De modo que todo silencio, todo vacío interior, toda concentración y recogimiento no va en pos del puro despojo del yo por el despojo mismo —en una vía oriental o aún gnóstica— sino que va en pos de un objeto: la Palabra de Dios proferida y encarnada en Jesús de Nazareth, con quien me encuentro en la comunidad creyente (la Iglesia), animada por el Espíritu Santo. Habría que preguntarse en qué medida ciertas corrientes de espiritualidad cristiana contemporáneas son suficientemente conscientes del realismo objetivo (y por lo tanto liberador) tanto de la liturgia como de la meditación cristiana.

Pero también la positividad de lo creado y la teología ireneana de la carne nos invitan a una contemplación agradecida y filial de la Creación, donde la analogía del ser nos previene de formas de panteísmo, siempre tentadoras. La experiencia y la terminología actuales en torno a aquello que produce o transmite “energía”, la idolatría de la salud, la revalorización de lo “natural”, desde la comida y la bebida, al aire que se respira y a la naturaleza como marco de la vida del hombre, influenciados sin duda, por el discurso ecológico, y aunque no carezcan evidentemente de su importante pepita de verdad, revelan muchas veces, nos parece, además de un comprensible hartazgo de nuestra sociedad tecnológica racionalizada al extremo, una tendencia panteizante más o menos explícita. Falta aquí una comprensión y un sentido profundo del mundo como creación de Dios en el Hijo.

En cuarto lugar, Ireneo es por excelencia el admirable teólogo de la historia de la salvación. Su concepto de “recapitulación”, orquestado en forma muy diversa, como lo hemos tratado de ver, le permite una peculiarísima visión unitaria de la historia de la salvación centrada en Cristo y decidida libremente por Dios desde antes de la fundación del mundo.

Esta aptitud sintética y omnicomprensiva del pensamiento de Ireneo, esta capacidad de ver toda la historia de la salvación en una sola mirada, centrada en Cristo, esta admirable percepción del designio salvífico de Dios en la historia de los hombres, constituye sin duda una nota distintiva de nuestro autor.

La unidad del orden creador y salvífico de Dios aparece articulada en una serie de necesidades –necesidad de que el Verbo se haga hombre para que el hombre venza en justicia (III, 18.7), necesidad de que sea engendrado por María Virgen en semejanza a la creación de la tierra virgen (III, 21,10), necesidad de la recapitulación para que Dios no fuera vencido y su arte no fuera considerado como fracasado (III, 23, 1)–, necesidades que no obstan a la libertad del plan salvífico de Dios (IV, 14, 1). Esta idea del libre orden salvífico decidido antes del tiempo parece preanunciar ciertas páginas de San Anselmo. Sin embargo, y no obstante esta observación, cabría preguntarse si su mirada de águila no simplifica a veces en exceso las perplejidades y contradicciones de la historia de los hombres en el uso y abuso de su libertad, dentro de esta concreta historia de la salvación.

La feliz articulación del orden creador y salvífico en la teología de Ireneo nos ayuda a superar las oposiciones dialécticas del natural y el sobrenatural a las que tan tentados estamos en la modernidad.

En quinto lugar, y como ya lo dijéramos arriba: hay también en Ireneo una teología de la experiencia, de la maduración, del tiempo oportuno, de la espera de la hora, del lento transcurso del tiempo de los hombres.

Por último, Ireneo es el teólogo del arte de Dios (Balthasar) y de la fidelidad de Dios a su obra modelada que no puede malograrse. Arte creacional y salvífico al mismo tiempo: “Dios va disponiendo el género humano para conseguir la sinfonía de la salvación” (IV, 14,2).